

España en América y la revolución científica

Francisco Luis Redondo Álvaro

Advertencia preliminar

El Dr. Francisco Luis Redondo Álvaro, consejero del Instituto de Estudios Giennenses y que ha colaborado otras veces en Seminario Médico, ha pronunciado recientemente una conferencia sobre el tema **España en América y la Revolución Científica**. Para ello preparó un texto de una cierta extensión, del que leyó sólo una parte ante su auditorio. Ahora, lo hemos querido recoger íntegramente para nuestra revista, pero conservando el carácter de comunicación oral con el que fue concebido y presentado. Entendemos que así se preserva el estilo ameno y desenfadado en ocasiones, que el autor pretendió al dirigirse al público en su presentación oral. Publicamos, pues, el texto completo, tal como fue leído (en parte) y redactado, sin ninguna modificación posterior.

España en América y la revolución científica

Esta charla iba a tratar sobre *La revolución científica en el siglo XVII*,

pero cambié luego el título, porque el primero exigía un cierto compromiso de estructuración y globalidad (eso que en inglés se designa como *completeness*) y yo quería una mayor libertad y amenidad en mi exposición.

Aun con estas buenas intenciones, no puedo resistir la tentación metodológica de plantearme ante ustedes la pregunta de si existe, de si es posible, la comunicación interpersonal, la comunicación en general y la científica en particular. Cuando hablamos o escribimos, mutilamos el pensamiento y no tenemos la seguridad de que el interlocutor interprete nuestro mensaje en su integridad y con el mismo sentido que nosotros le damos. Ya decía, irónicamente, el escritor francés Jules Renard que no deberíamos hablar, porque nunca se sabe cómo se lo va a tomar el otro. Si a esto añadimos que, para ciertos filósofos, cuando descubrimos la realidad, lo que en verdad hacemos es que la inventamos, la construimos, se comprende que no se pueda acep-

Palabras clave: La revolución científica

Fecha de recepción: Diciembre 2008

Seminario Médico

Año 2008. Volumen 60, N.º 2. Págs. 15-36

tar, sin más, la posibilidad real del conocimiento y su transmisión.

Declararé sin ambages que, en mi entender, existe una realidad, externa a nosotros, objetiva e independiente, que por la oportuna adecuación de nuestra estructura mental resulta perfectamente inteligible y además comunicable. Abandonaremos así cualquier postura de escepticismo filosófico, derivada de la insuficiencia de nuestros medios de expresión. Otto Weininger (1880-1903), en 1903, escribió, en su obra *Geschlecht und Charakter* (Sexo y carácter), que «todos los estúpidos, desde Bacon a Fritz Mauthner, habían sido críticos del lenguaje». Ustedes perdonarán el duro calificativo, que no es mío, sino que viene en la cita.

A Bacon no hace falta defenderlo, desde el punto de vista científico; otra cosa sería como persona. William Harvey, el médico descubridor de la circulación de la sangre, que lo trató como paciente, no sentía una gran simpatía por él y escribió que sus ojos eran como los de una víbora. Bacon fue, efectivamente, un cortesano servil y adulador, hambriento de honores y regalías. En cuanto a Fritz Mauthner (1849-1923), fue el crítico teatral más importante de finales del siglo XIX en Alemania y un filósofo sinceramente preocupado por las implicaciones del lenguaje en la transmisión del pensamiento. Así que el calificativo de Weininger no fue ni afortunado ni justo. Era así de tajante porque era muy joven, tenía sólo veintitrés años cuando redactó esas palabras. Hijo de un próspero

comerciante judío en Viena, se hizo cristiano el mismo día que recibió su doctorado, en el año 1902. Escribió su única obra al año siguiente, en la que expone su tesis de que todo lo viviente tiene una proporción variable de los elementos masculino y femenino. El elemento masculino es, decía Weininger, positivo, productivo y moral, mientras que el femenino es negativo, improductivo y amoral. No hubiera tenido una vida fácil en nuestros días, de feminismo en ocasiones excesivo y desnortado. Tampoco en los suyos: se suicidó de un tiro en la cabeza, a los veintitrés años.

Este principio de objetividad, que afirma la existencia independiente del objeto con respecto al sujeto, es seguramente compartido por ustedes. Para mí, y para los que compartimos una concepción griega y dialogal de la cultura, hay algo más. No se trata sólo de que el conocimiento científico sea, por su propia naturaleza, verificable y comunicable. Creemos también que en gran parte es el fruto, el resultado, de la propia comunicación. El intercambio de opiniones, el enriquecimiento ideológico mutuo es una característica, una necesidad inherente a la naturaleza humana. Sobre el arquetipo dialogístico de la adquisición del conocimiento, citaré unas palabras de Eugenio D'Ors: *Hijo mío, si alguna vez entras en un cuarto y ves a alguien solo, sentado en una mesa, con la cabeza apoyada sobre su mano... es posible que esté pensando, pero lo más probable es que esté durmiendo.*

En cuanto a la descripción de los acontecimientos científicos, decidí centrarme muy someramente en el siglo XVII, porque, en principio, una cierta culminación de la Revolución Científica ocurre entonces. En lo referente al papel de España en esa época histórica, a su empeño fundamental en una misión diferente y su relativo desinterés por la ciencia, citaré hechos y actitudes que se extienden a lo largo de un período de tiempo algo más dilatado, que empieza prácticamente con el descubrimiento del Nuevo Mundo, a finales del siglo XV.

En realidad, lo que entendemos por revolución científica, ni es una revolución, porque los procesos que la constituyen se extienden y solapan a lo largo de un período de tiempo dilatado, ni se reduce sólo al ámbito científico. Y puestos a elegir, caprichosamente, una fecha para situar esta revolución, algunos estudiosos se remontarían hasta la mitad del XVI, cuando se publican, en el mismo año de 1543, la *Fabrica humani corporis*, de Andrea Vesalio, y el *De revolutionibus orbium coelestium libri vi*, de Nicolás Copérnico, mientras que otros nos llevarían a la primera mitad del XVII. El *Novum Organum Scientiarum*, de Bacon, es de 1620, la *Exercitatio anatomica de Motu Cordis et Sanguinis in Animalibus*, de William Harvey, es de 1628 y las dos obras más importantes de Galileo son de 1632 (*Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo...*) y 1638 (*Discorsi e dimostrazioni matematiche...*). El cartesiano *Discurso del método* es de 1637, Hobbes escribió su *Leviathan*

en 1651 y los *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* de Newton se imprimieron en 1687.

Los sabios de esta época se proponen como objetivo común, y este es un rasgo fundamental, el descubrimiento de los secretos del mundo natural, mediante métodos nuevos basados en la observación y experimentación —por lo tanto, esencialmente contrastables— y el abandono progresivo del antiguo criterio de autoridad. En esencia, la consigna podría ser esta: observar primero, razonar después. Sin que ello represente forzosamente, y este es otro rasgo que querría subrayar, una oposición a las creencias o enseñanzas de la religión. De hecho, alguien tan central, aunque ya algo tardío, en todo este proceso, como Isaac Newton, escribía a Bentley, cinco años después de la publicación de sus *Principia*, que mientras componía su obra «tenía la mirada puesta en aquellos principios que pudieran contribuir a que los hombres creyesen en la divinidad».

La astronomía y la medicina fueron dos de los temas principales, conectados con la ciencia natural, en los comienzos de la Revolución Científica. En el ámbito de la Medicina hay un rasgo, una característica, que la hace especialmente apta para que en su seno ocurran las transformaciones que hicieron posible esa revolución: había una íntima conexión entre los elementos más artesanales y los más cultos, al haber, junto a los doctores médicos, también cirujanos-barberos y boticarios. Al principio, las disecciones anatómicas las hacían los

18

cirujanos y un 'demostrador médico' mostraba la correspondencia entre el texto que se leía y lo que se señalaba en la disección. La lengua utilizada era el latín y como los cirujanos no la hablaban, poco podían intervenir en la discusión. Pero todo esto fue cambiando: los cirujanos empezaron a hablar latín y los médicos a hacer disecciones. En el XVI ya hubo cirujanos, como Ambrosio Paré en Francia, de una extraordinaria capacidad técnica. Me referiré un poco a él. No es el más importante en todo este proceso, pero ya dije —¿recuerdan?— que modifiqué el título de mi charla para tener libertad.

Ambroise Paré (1510-90) llegó en 1529 a París y empezó a trabajar como aprendiz de cirujano-barbero en el Hôtel-Dieu, aprendiendo allí anatomía y cirugía, hasta que en 1537 fue nombrado cirujano del ejército. En aquel tiempo, las heridas por arma de fuego eran tratadas, como habían propugnado Juan de Vigo y otros, con aceite hirviendo. En una batalla hubo tantos heridos que se acabó el aceite y Paré tuvo que utilizar una mezcla de yema de huevo, aceite de rosas y trementina. Se dio cuenta de que los tratados así evolucionaban mejor y poco después hizo públicos estos hallazgos en su *La Méthod de traicter les playes faites par les arquebuses et aultres bastons à feu* (1545), aunque fue ridiculizado, porque escribió en francés en vez de en latín. Razones importantes, como ustedes ven. También hizo ver que en las amputaciones la ligadura de las grandes

arterias era más conveniente que la aplicación del hierro candente para controlar la hemorragia. Ha sido llamado el padre de la cirugía francesa, y hasta de la cirugía moderna, y fue uno de los cirujanos más brillantes del Renacimiento.

He traído aquí a Paré, porque me gustaría recordar algunos de sus dichos, que revelan su categoría humana: «El que se hace cirujano por el dinero y no por el afán de conocer no conseguirá nada de provecho». En una de sus estatuas se puede leer lo que él pensaba de sus propias intervenciones: «Je le pansay, Dieu le guarit» (Yo lo cuidé, Dios lo sanó). El lema que aparece en su libro es *Labor improbus omnia vincit*.

Es indudable —no se trata de una deformación mía por mi profesión— que los médicos jugaron un papel importante en la Revolución Científica. En Inglaterra, sobresalen dos: William Gilbert, estudioso del magnetismo, y William Harvey (1578-1657). Hablaré sólo del segundo, como arquetipo que resume las corrientes que todavía concurren en la actividad científica del siglo XVII. A los veinte años marchó a Padua, en donde estuvo dos años y medio, siendo discípulo de Girolamo Fabricius d'Acquapendente (1533-1619), que ya había descubierto las válvulas que existían en las venas, aunque no publicó su hallazgo hasta el año 1603, en un opúsculo titulado *De venarum ostiolis*. Había descubierto las válvulas, pero no llegó a la interpretación lógica de que cumplían la

misión de promover el movimiento de la sangre hacia el corazón, impidiendo su retorno a las extremidades. Aristóteles y Galeno habían dicho que la sangre iba hacia las manos y pies para llevar el espíritu vital y ya no retornaba. La medicina tradicional estaba basada sobre ese movimiento unidireccional y abierto. Por supuesto, cuando utilizaban un compresor para hacer una sangría, se daban muy bien cuenta de que las venas se hinchaban a partir del mismo. Sin embargo, declaraban que la hinchazón se debía a la irritación, a una especie de protesta, de 'furores vital', de los tejidos estrangulados.

No es ocioso alertar sobre otro rasgo de la cultura de la época: la convivencia del nuevo espíritu científico, que señala claramente a la edad moderna, y residuos todavía muy presentes de la vieja mentalidad, llena de supersticiones y observaciones descuidadas o caprichosas. En Inglaterra, Edward May escribió un opúsculo en el que describe cómo en la autopsia de uno de sus jóvenes pacientes había descubierto, en uno de los ventrículos del corazón, una especie de gran gusano de aspecto monstruoso. Y lo aducía como prueba irrefutable de que la sangre circulaba sólo en la calenturienta imaginación del doctor Harvey. Se trataba simplemente de un trombo producido tras la muerte, como Harvey había visto otras veces. De todos los detractores del descubridor de la circulación sanguínea, quizá el más sañudo fue el francés Jean Riolan, hijo (1580-1657), quien sostenía: «No hay ninguna razón

para aceptar que la sangre circule y para que la tradición sea rechazada, sólo por el capricho de un médico inglés». Riolan había estado en Londres y había conocido a Harvey. Era muy famoso en Francia y enseñaba en París anatomía, botánica y farmacia. Declaró que Harvey en sus escritos no decía más que necedades. Un rasgo que quizá pueda explicar el espléndido desarrollo de la ciencia en la Inglaterra de la época es un hecho que aparece debidamente reflejado en los Estatutos de la Royal Society, redactados por el Curator de experimentos de la misma, Robert Hooke, en 1663: «El propósito y fin de la Sociedad Real es fomentar el conocimiento de las cosas naturales y todas las artes, manufacturas, prácticas mecánicas, máquinas e inventos útiles por medio de los experimentos, sin inmiscuirse en cuestiones teológicas, metafísicas, morales, políticas, gramaticales, retóricas o lógicas, [...] hallando una explicación racional de las causas de las cosas». Y señalaba Robert Hooke, en el prólogo de su *Micrografía* (1664): «Los miembros de la Royal Society poseen una peculiar ventaja, la de que muchos sean gentes de negocios y comercio, lo que es un buen augurio de que sus esfuerzos llevarán de las palabras a la acción». En efecto, el desarrollo científico en la Inglaterra de la época estuvo muy estrechamente vinculado a la vertiente práctica de la ciencia, a los aspectos técnicos.

Hablaré muy brevemente de la situación de la ciencia en España, en el siglo XVII. En estos momen-

tos, cuando ya era imposible negar y desconocer los avances que se sucedían en Europa, en nuestro país existen todavía algunos científicos que se empeñan en negarlos, aunque también empiezan a surgir otros, los llamados despectivamente novatores, que intentan asimilar los cambios y las nuevas ideas. Hay grupos con este talante en Madrid, en Valencia, en Sevilla, patrocinados en muchos casos por miembros de la nobleza. Los más importantes novatores fueron el médico Juan Bautista Juanini (1636-91); Juan de Cabriada, que en 1687 publicó su *Carta filosófica médico-química*, considerada como el documento inaugural de una presunta renovación científica en nuestro país; Crisóstomo Martínez, que hizo investigaciones en microscopía en París; José Casalet; Dionisio Cardona; el jesuita valenciano José Zaragoza (1627-78); Juan Caramuel, cisterciense madrileño (1606-82), pero que pasó gran parte de su vida en Italia y Bohemia y, para terminar, Antonio Hugo de Omerique, autor de un *Analysis Geométrica*, publicada en Cádiz, que leo que fue citada por Newton.

Aun así, nuestra contribución al nacimiento de la nueva ciencia no fue decisiva y no es extraño que, un siglo más tarde, en el famoso artículo sobre España, en el apartado de Geografía de la *Encyclopedie Methodique* de Diderot (1782), escrito por Masson de Morvilliers, se diga duramente: «Pero, ¿qué se debe a España? Desde hace dos siglos, desde hace cuatro, desde hace seis, ¿qué

ha hecho por Europa? España se asemeja hoy a esas colonias débiles y desdichadas que tienen necesidad permanente de un brazo protector de la metrópoli; es preciso ayudarle con nuestras artes, con nuestros descubrimientos».

Hay evidente e injusta exageración en esas palabras y el problema de la ciencia española ha sido después estudiado y esclarecido ampliamente. Aun así, es forzoso reconocer que nuestra contribución al nacimiento de la moderna ciencia no fue importante. Como han señalado otros, frente a la leyenda negra, que negó casi la capacidad de los españoles para la actividad científica, y la leyenda blanca, fruto sobre todo del incansable esfuerzo de Menéndez y Pelayo, que pretendió a veces sacar hasta de donde no había, quizá lo prudente sería decantarse por una modesta leyenda gris.

Además creo que hay hasta una cierta justificación para los hechos, para nuestro peculiar desarrollo histórico. Desde que estructuraba mi charla—lo poco de estructura que yo me impongo en estas lides—pensé en avanzar alguna explicación, más o menos lírica y personal, sobre la condición de los españoles, sobre nuestra insistencia en la persecución de quimeras. Entendí que había algo de mágico y no definitivamente censurable en esa quimera del oro que cautivó a los conquistadores y al país entero, apartándonos circunstancialmente de otras tareas más creadoras o más reflexivas. Porque, para empezar, no era sólo una quimera del oro.

Incluso pensando así, no acababa yo de convencerme y atreverme a un cambio en mi discurso, dejando de hablar de ciencia para hablar de sueños. Hasta que leí en un autor contemporáneo, Ernesto García Camarero, refiriéndose a la polémica de la ciencia española, la siguiente tajante afirmación: «A partir del siglo XVII la ciencia española sufre una notable decadencia con relación a otros países europeos, en particular con Italia, Francia, Inglaterra y Alemania. Decadencia científica que corre en paralelo con la decadencia política y económica. En efecto, mientras España basa su actividad económica en el oro, Europa lo hace ya en la técnica, fundamentada en la ciencia». Empecé entonces a pensar que no era tan inapropiada mi disquisición; que también hay autores que establecen esta diferencia sustancial entre el comportamiento de los españoles y el de otros países europeos, basándose en esta distinción. Es verdad que la conquista de América es anterior al siglo XVII, pero sus efectos en la conformación de nuestra manera de ser y confrontar el mundo perduran en dicho siglo. Y el distanciamiento de España ocurre también entonces, porque hasta ese momento el desarrollo científico y técnico en Europa no se acelera y el abismo no se hace evidente.

Simplificando mucho, se podría decir que, por un lado la ciencia y la técnica y por el otro lado el oro. Y ya sin trabas en mi discurrir, con una cierta autorización tácita, me

dispuse a terminar mi charla, con las palabras finales que voy a redactar ahora. Palabras que tratan, no sobre hechos científicos, sino sobre el oro, el señuelo del oro, la codicia del oro; sobre las quimeras, las leyendas, los ensueños que el dorado y adorado metal ha suscitado eternamente en el hombre, desde los albores mismos de la civilización.

Mientras en Europa, en buena parte de Europa, se impone la preocupación por la nueva ciencia, los españoles del siglo XVII andamos todavía perdidos tras la quimera del oro, que se había agigantado con el descubrimiento de América. Y otras quimeras, más o menos vanas, elusivas y finalmente inalcanzables, como la de la eterna juventud. Los españoles hemos sido siempre soñadores. O, por mejor decir, hemos sido soñadores en algunos momentos de nuestra historia. Todos los pueblos, los pueblos grandes, han soñado en uno u otro momento de su pasado. Y nosotros, en los siglos XVI y XVII, anduvimos con resolución en pos de esos sueños.

Soñamos y resoñamos, por ejemplo, con Eldorado. Estuvimos convencidos de que en la cordillera de los Andes, recatado entre ásperas selvas, había un reino lleno de todos los dones, pero sobre todo del más divino de todos: el regalo del oro. Las calles de sus ciudades estaban empedradas de oro y de ese mismo metal eran los edificios y los utensilios más usuales. En algunas épocas del año, miembros innumerables de lejanas tribus peregrinaban hasta allí, para reunirse

a la orilla de un profundo y oscuro lago, en el cráter de un volcán extinto, a tres mil metros sobre el nivel del mar. El soberano de aquel reino era desvestido por ayudantes, se le cubría entonces el desnudo cuerpo con arcilla y se le salpicaba con polvo de oro hasta que se convertía, como lo describió un cronista español en 1636 —que no lo vio, pero no hace falta ver para narrar estas cosas—, en *El dorado*. Lo llevaban en procesión hasta una balsa en la orilla, donde se le unían otros caciques. Después de haberla cargado cuidadosamente con ofrendas de oro y esmeraldas, se empujaba la balsa hacia el lago. Los cantos y la música reverberaban desde las montañas vecinas conforme el ritual llegaba a su clímax.

Luego, los caciques tiraban las ofrendas al agua y después el jefe supremo se tiraba también, emergiendo de las profundidades con el cuerpo ya limpio, desprovisto de su capa áurea. Los conquistadores españoles, que creían, como es natural, estas leyendas trataron de llegar, y llegaron, hasta el altiplano de lo que ahora es Colombia, para buscar ese legendario tesoro, justamente a la región en que floreció la cultura chibcha. Y avistaron un remoto lago colombiano, el Guatavita. Ese reino legendario se llamaba Paitití, aunque otros lo nombraban Omagua, y su principal ciudad era Manoa. Pero los españoles, por la leyenda del hombre dorado, el hombre cubierto de oro, lo conocían como *Eldorado*. Gonzalo Jiménez de Quesada (1509-79), que nació a unos kilómetros del

lugar desde el que les hablo, lo busco con ahínco, incluso siendo ya muy mayor, porque los sueños no desaparecen, antes bien se intensifican, con la edad. Algunos piensan que, por su capacidad para perseguir y entregarse a sus sueños, Cervantes pudo inspirarse en él como modelo para su Don Quijote. Por la misma época, más o menos, era Virrey del Perú un paisano nuestro, de Úbeda concretamente, el Marqués de Mancera.

Entre 1584 y 1595, Antonio Berrío comandó tres expediciones a Guayana, en busca siempre de Eldorado, porque creía que los derrotados incas huyeron hacia esas montañas y allí habían fundado la ciudad que llamaban Manoa, de la que se aseguraba que estaba pavimentada con oro. En la tercera expedición, Berrío prosiguió hasta la isla de Trinidad, en donde se encontró con Sir Walter Raleigh, poeta, filósofo, historiador, marino, cortesano, inventor, estadista, pirata, iniciador del imperio inglés, quien trataba por aquel entonces de restaurar su mermada reputación como colonizador. Durante una ronda de bebidas, el inglés sonsacó del español el secreto de su *Eldorado*, lo aprisionó temporalmente y, cuando regresó a Inglaterra, describió, también exaltado, tan exaltado o más que cualquier meridional, las bellezas de esa perdida y misteriosa Manoa. Raleigh tampoco necesitó ver para creer a pies juntillas. Los hombres que necesitan ver para creer son los que hacen la ciencia, no los que conquistan los mundos. En su fantástico libro, *El descubrimien-*

to del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayaná, en el que recoge la leyenda de los hombres-rayas de Sipapo, que tienen la boca en el ombligo, escribió: «por su grandeza, por sus riquezas y por su excelente situación, Manoa excede con mucho a cualquier otra ciudad del mundo». O sea, que los ensueños no emborrahaban sólo a los españoles.

Me imagino a estos dos hombres, al inglés y al español, en la isla de Trinidad, envueltos en la calidez y dulzura del trópico, en la novedad interminable de las cosas, entendiéndose y adivinándose en idiomas extraños, extranjeros en una tierra desconocida, reponiéndose seguramente de aventuras y expediciones extenuantes y peligrosas, gozando de un descanso fugaz, de una paz momentánea, ligera o resueltamente envenenados por el alcohol, y contándose sus tristezas, sus fracasos y sus desventuras. Y, naturalmente, soñando, estimulándose mutuamente en sus sueños, en esos sueños que tendrían que cumplirse para no convertir finalmente sus vidas en vacías locuras estériles. ¡Qué de sueños alumbrarían juntos! Ciudades empedradas con oro..., pues claro. Y muchas cosas más que no eran ni capaces de imaginar, se decían y se convencían, porque excedían con mucho la capacidad humana de fantasear. Y todo allí, cerca ya, demandando sólo un último esfuerzo. Ah, Manoa, ciudad divina, ¿cuándo te mostrarás por fin, cuándo podrán verte mis ojos?

También un alemán, Nikolaus Federmann, encabezando una partida de

unos ciento sesenta hombres, tuvo el mismo afán, esta vez en nombre de la empresa comercial Welser, de Augsburgo. Porque, en compensación por el apoyo financiero que los Welser dieron a Carlos I de España para que fuera elegido emperador del Sacro Imperio Romano, éste otorgó a la empresa alemana ciertos derechos a exploraciones en la provincia de Venezuela. Federmann, que también buscaba conquistar algún imperio nativo, partió de un asentamiento costero, en Coro.

Hernán Pérez de Quesada, hermano del conquistador de Nueva Granada, fue quizá el primero en tratar de recuperar, de manera práctica, el tesoro que supuestamente estaba en el fondo del lago Guatavita. En la temporada seca del año 1540, ordenó a sus hombres vaciar el lago con guajes. Luego de tres meses de paciente labor, consiguieron bajar tres metros el nivel del lago. Se recuperaron entre tres mil y cuatro mil piezas pequeñas de oro de la emergente orilla del lago, pero nunca consiguieron llegar al centro, donde supuestamente se encontraba lo más preciado del codiciado botín. Cuatro décadas después se hizo un intento más audaz para vaciar el lago: un comerciante de Bogotá empleó a miles de nativos para excavar una zanja en una de las colinas que lo rodeaban. Cuando fue terminada la obra, las aguas salieron violentamente y esta vez se logró bajar el nivel más de veinte metros. Se halló una esmeralda del tamaño de un huevo y varios objetos de oro, pero esto no

compensó el esfuerzo. Otro cazador de tesoros ideó un procedimiento nuevo para evacuar el lago, excavando un túnel, pero tuvo que abandonar el proyecto cuando el túnel se derrumbó y casi todos los trabajadores murieron.

A pesar de todo, la leyenda persistió y llamó la atención hasta del naturalista alemán Alexander von Humboldt, quien visitó Colombia en una expedición científica a principios del siglo XIX. Aunque el interés del alemán era solamente teórico, calculó que en el lecho del lago Guatavita yacía un tesoro de trescientos millones de dólares. Llegó a esta conclusión especulando que durante un siglo participaron unos mil peregrinos por año en el ritual, cada uno ofrendando cinco piezas de oro. En 1912, hace menos de cien años, se hizo un último intento de vaciar el lago, cuando unos británicos buscadores de tesoros usaron bombas gigantes. Vaciaron casi todas las aguas, pero el lodo suave del lecho hundió a los que se aventuraron a entrar. Al día siguiente el lodo se secó y su consistencia se hizo tan impenetrable como el hormigón. Los británicos gastaron 160.000 dólares y recuperaron 10.000 en objetos de oro. En 1965 se puso fin a los inútiles esfuerzos para llegar al fondo del lago Guatavita, cuando el gobierno colombiano lo declaró sitio histórico.

También perseguíamos entonces, radiantes y enloquecidos, la ciudad de los Césares, la ciudad errante, la ciudad encantada de la Patagonia, Trapalanda, Trapananda, Lin Lin,

o Elelín —llamada con mil nombres distintos en los fantasiosos relatos, que aluden quizá a más de una sola ciudad— que estaba, que seguramente está todavía, en algún valle perdido entre Argentina y Chile, abarrotada y reventando de oro. En esa ciudad brota la fuente de la eterna juventud, no existe la muerte y se nada en riquezas. No se ha encontrado aún. Para encontrar las cosas hace falta soñarlas con fuerza, con determinación y eso a veces no es fácil. Esa ciudad fue quizá la que fundaron náufragos españoles, seguramente los de la expedición del Obispo de Plasencia, de 1540, que tenía como fin tomar posesión de la gobernación del Estrecho de Magallanes. O tal vez era la obra de indios mitimaes en los tiempos del imperio incaico; eso no está claro. Pero lo que es evidente es que está llena de riquezas, principalmente, para que lo sepan ustedes, de oro y plata.

La Ciudad se ubica a orillas de un río que, en vez de piedras, tiene perlas y diamantes. ¿Por qué no podría ser así? Estábamos los españoles en un nuevo mundo en el que las cosas no tenían que ser, forzosamente, iguales a las del viejo. Y las calles, ya lo hemos escrito mil veces, están pavimentadas de plata y oro macizo y bordeadas por árboles con maravillosos frutos que dan la salud perpetua. A los indios que eran capturados, se les preguntaba incansablemente dónde estaba esa ciudad soñada, quizá en ocasiones entrevista, más o menos confusamente, por alguno de los exploradores (como, por ejemplo,

los hombres del capitán Francisco César; de ahí le vino el nombre a la ciudad). Y los indios respondían con firmeza que más al Sur. Y se avanzaba en esa dirección, se tomaban otros indígenas y se les volvía a preguntar. Y siempre la misma respuesta: más al Sur, más al Sur...

Toda la felicidad, toda la gloria y todas las riquezas, cada vez más lejanas. Nos acercábamos y la ciudad se esfumaba otra vez. Pero alguna vez se dejará conquistar, nosotros hemos sido hombres que hemos sabido mandar y dominar. No la hemos encontrado aún, se decía, porque está en medio de una cordillera, encerrada entre altos cerros y continuamente escondida por una espesa neblina que impide descubrirla aunque se esté muy cerca. En ella nadie nace y nadie muere. Una enorme cruz de oro corona la torre de la iglesia y su campana es tan grande que debajo pueden instalarse cómodamente una casa. Nada puede igualar la felicidad de sus habitantes. No tienen que trabajar para vivir; no sufren enfermedades ni pobreza. Nada escasea en ella. Quien ha entrado a la Ciudad y sale después, pierde para siempre el recuerdo del camino. Por ello es imposible encontrar a gentes que den razón de dónde se halla. Se trata sólo de eso.

Y, naturalmente, no fue sólo el mito del oro. El de la eterna juventud también ha sido muy perseguido y añorado por la humanidad. Heródoto ya contó que los etíopes vivían más de ciento veinte años y lograban llegar a esa edad bañándose en una fuen-

te que tenía un agua que era densa como el aceite y dejaba sus cuerpos brillantes y con olor a violeta. Este mito fue situado después en una isla, como tantos otros mitos. O en penínsulas que se tomaban por islas, tal y como sucedió muchos siglos después en la Florida. Pero conviene tener en cuenta un hecho que a veces no se toma en consideración al juzgar la presunta credulidad de las gentes, de los españoles del Descubrimiento, concretamente. Los hombres habían vivido en un mundo en el que se les habían negado muchas cosas. Pero ocurre que, en un determinado momento, se descubre un mundo nuevo, muy lejano y diferente, en el que todo vuelve a ser posible para los soñadores. Los hombres, la vegetación, la naturaleza, todo es distinto. Incluso seres poderosamente extraños, como los que suelen acompañar a menudo a los hechos misteriosos y a las maravillas ocultas, se advierten en él. Hay, por ejemplo, Amazonas, como las que existieron en los viejos tiempos clásicos. La presencia de estos seres fabulosos augura necesariamente riquezas. Ideas así vagaban en las mentes de nuestros conquistadores. Hernán Cortés pide a Pedro de Alvarado que, en Méjico, busque «tierras y extraña gente». Junto a ellos, piensa, se han de encontrar también tesoros inimaginables. A pesar de todo, no está nada claro que Juan Ponce de León, en su exploración de la Florida, a la que creía una isla, buscara la fuente de la eterna juventud. Todo fue quizá una elaboración posterior. De hecho,

el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo argumentó que la leyenda no había surgido entre los españoles, sino que les había sido contada por los propios indígenas. Seguramente, como en otros casos, con la idea de hacerles partir hacia otras tierras y librarse así de ellos. El cronista afirma que «fue gran burla decirlo los indios y mayor desvarío creerlo los cristianos».

Los españoles, ya digo, andábamos tras esas destilaciones de nuestra imaginación, en vez de aplicarnos pacientemente a la creación de la ciencia. No veo nada demasiado malo en ello. Einstein dijo, en 1955, que la imaginación era más importante que el conocimiento. Los ensueños, las cosas que habíamos soñado mil veces, se encarnaron en figuras nunca vistas antes y poblaron reinos inauditos. Gigantes sodomitas del Perú; hombres que tenían los pies colocados al revés y corrían hacia atrás, incansables; hombres que tenían cuernos retorcidos y vivían en cavernas subterráneas; hombres cubiertos enteramente de vello; hombres sin cabeza que tenían los ojos a la altura de las tetillas; seres que eran mitad hombres y mitad avestruces; amazonas que corrían desnudas y eran fecundadas por el viento y cuya reina, Coñorí, vestía de esmeraldas; el ya mencionado Hombre Dorado, que habitaba en un reino en el que existía una laguna llena de oro y ciudades pavimentadas con plata y techadas con oro; la ciudad de los Césares, a la que gobernaba un Patriarca Emperador y donde se

levantaban suntuosos palacios pertenecientes a remotos náufragos españoles; la inmensa cadena de oro del inca que estaba también sumergida en un lago.

No son sólo los españoles los que sueñan. Ya apunté que todos los pueblos lo hacen y lo que ocurre es que todos tienen sus altibajos y sus momentos de esplendor y miseria. Entre los árabes, es famosa la ciudad de Iram, la ciudad de las columnas, cuya descripción hizo el geógrafo Abu Hamid al-Garnatí, que nació a unos kilómetros escasos de aquí: mil príncipes de los gigantes buscaron en el Yemen una tierra amplia, de muchas fuentes y buen clima, y construyeron con ladrillos de color rojo un muro de quinientos codos de alto [...] Luego hicieron en su interior trescientos mil palacios y en cada uno de ellos había mil columnas de esmeraldas y rubíes, y sobre cada columna extendieron losas de oro y plata sobre las que levantaron habitaciones de oro, con incrustaciones de rubíes y aljófares. El oro, en realidad, si se mira bien, está por todas partes. Hay en el mundo más del que cualquiera pudiera desear. Cuando Musa ibn Nusayr tomó Toledo, encontró allí la mesa del rey Salomón, que era de oro macizo con incrustaciones de esmeraldas —otros dicen que toda ella era de una sola pieza, una gigantesca esmeralda— y veinticuatro coronas de oro, correspondientes a cada uno de los reyes visigodos. Y libros encuadernados de pedrería, entre los que había uno que era un tratado de alquimia, en

donde se explicaba la fórmula para fabricar rubíes. Esa fórmula se ha perdido ahora, pero en alguna parte tiene que estar y seguro que alguien la ha de encontrar, antes o después, y seguro que su aplicación no será ni muy complicada.

Para mí, todas estas ensoñaciones no son sino la expresión de una creencia, una constatación esencial. En alguna parte tiene que haber ese mundo perfecto y feliz que un Dios tiene la obligación de crear. David Hume, en su *Dialogues Concerning Natural Religion*, escribió: «el mundo es tal vez el bosquejo rudimentario de algún dios infantil, que lo abandonó a medio hacer, avergonzado de su ejecución deficiente; es la obra de un dios subalterno, de quien los dioses superiores se burlan». Hume no puede tener razón. Ese mundo glorioso existe y los españoles lo buscamos hasta la extenuación en un momento de nuestra historia. ¿Y por qué tenía que ser abundante en oro? Bueno, eso se entiende también, cuando se quiere entender. El que sale de su país, lo hace siempre pensando en volver, estamos hechos así. Los antiguos griegos se saludaban, diciéndose: ¡Larga vida y que seas sepultado en la tierra en que naciste! Y si encuentra uno el paraíso y luego vuelve a su tierra —porque los paraísos están bien para un tiempo, ya se sabe— y regresa sin oro, pues por muchas maravillas que cuente, la gente enseguida piensa que los que retornan exageran mucho. Sin embargo, el oro sí que suena y canta y convence al instante. El oro,

por eso se buscaba en los paraísos americanos, representaba algo tangible con que deslumbrar claramente a los vecinos que no se atrevieron a marchar y se quedaron en sus casas tan ricamente. Para eso hacía falta el oro, no cualquier narración de un reino perfecto, lleno de paz, armonía y justicia social. No es que eso esté mal, no se me malinterprete. Pero lo primero es lo primero. Y el oro se ve enseguida y es fácil de transportar y hace enloquecer de envidia a la gente.

Me desenvuelvo mucho más cómodamente en el terreno de la fantasía que en ningún otro. La ciencia, esa ciencia de cuyo orto, de cuya ascensión en el siglo XVII, he tratado de darles alguna noticia, a veces se equivoca y puede ser falaz y cambiadiza. Las leyendas, en cambio, son siempre verdaderas, aunque quizá no lo sepa apreciar todo el mundo. La Tierra entera, no sólo América, está llena de ellas y les contaré, para terminar en el reino de la fantasía esta charla de hoy, algunas, casi todas de nuestra vieja Europa. Aunque sea a costa de alejarme un tanto del tema. Se las voy a relatar todas seguidas, una detrás de otra. Representan, créanme, muchos años de lecturas, de sumergirse en libros que no interesan a todo el mundo. Se las brindo para que las compartan conmigo, para que las crean conmigo, para que las propaguen conmigo.

Es bien sabido —lo cuenta, entre otros, Álvaro Cunqueiro— que el mago Merlin poseía un camino que se enrollaba en un canuto de hierro,

y tenía toda la apariencia de un rollo de pergamino. Se le llamaba el camino de Quita-y-Pon y tenía la rara virtud de que, cuando se extendía, el pergamino se convertía en una amplia y cómoda senda que servía para llegar al lugar que se quisiera o para huir de cualquier sitio. Por cierto que el canuto se orineció —se cubrió de orín, se tornó oriniento— hacía ya mucho tiempo y al final ya sólo soltaba cuatro o cinco leguas de camino y no se hacía más largo, con lo que su utilidad se redujo considerablemente.

También se cuenta que a una sobrina del deán de Truro, en Cornualles, se le estaba volviendo de plata una mano. Quizá alguien pueda extrañarse de una transformación así, tan poco corriente hoy día. Sin embargo, no es un caso aislado. Una princesa de Inglaterra, por citar otro ejemplo, que se llamaba Doña Tear, que sería como decir Doña Lágrima en la lengua de aquellas tierras, era de plata y cristal y un día se rompió en mil pedazos. De las princesas se cuentan cosas muy curiosas. Había una princesita en Aquitania que era mujer por el día y a la noche se mutaba en cervatilla. En una película moderna, que todos ustedes habrán visto, Schreck, una delicada y bellísima princesa también se tornaba por las noches en una rolliza y vulgar campesina. Si las cosas no cambian tanto como creemos.

En un lugar de Italia, hace ya mucho tiempo, al nacer un niño lo lavaron en una bañera de cristal y se disolvió enteramente en ella. El proceso

fue tan completo y definitivo que no se distinguía resto humano alguno del malhadado infante, por lo tuvieron que enterrarlo en una botella. Echaron después aquella agua en el camposanto, para que reposara en tierra sagrada. Unas semanas más tarde, iban a bañar a un segundo recién nacido, en circunstancias casi idénticas, cuando a alguien se le ocurrió, recordando lo sucedido, que la bañera pudiera estar endemoniada. El Gran Inquisidor pensó que, efectivamente, ese podría ser el caso y se fue entonces para la bañera, se encampanó lo necesario y pronunció las palabras «In nomine Patris». En ese mismo momento se quebró la bañera en mil pedazos y salió de ella un gran olor a azufre y un demonio que huía, al que se le pudo coger con el puño curvo de un paraguas (sic), pero que forcejeó y se soltó después y se escapó por la chimenea. Se supo luego que esa era la bañera que tenían las abadesas de Fossano para bañarse por Pascua Florida, cuando llega el buen tiempo, y que el demonio se había trocado en ella para ver a las monjas en cueros vivos. Es que los demonios a veces son muy mirones y lo que no se entiende muy bien es esa predilección suya, en este caso concreto, por las abadesas, cuando pudieran dedicarse más bien a contemplar a las más jóvenes y confiadas novicias, más dignas seguramente de ser observadas.

Empiezo a pensar que los demonios se buscan en ocasiones ocupaciones hasta bastante tontas, al menos desde nuestra óptica de pobres y simples

pecadores. Al duque Filiberto el Viejo, de Turín, se le metió justamente un diablo tejedor en el cuerpo y estaba allí, en las tripas ducales, en aquel lugar que no tendría más remedio que ser muy inhóspito, por muy duque que fuera el portador, teje que te teje, de día y noche, ante su telar y Su Serenísima no hacía más que escupir y cagar retales de colores, que el maligno confeccionaba en los aposentos de su vientre. Son leyendas que acompañan a las historias reales —las que para algunos son solamente las verdaderas— porque las historias, como las mujeres y los guisados, precisan de adobo.

El cardenal Hiller, que escribió una Historia de Inglaterra, asegura que los demonios que llegaron a la Gran Bretaña fueron exactamente 777 y que lo hicieron a nado. Y parece ser que al mismo tiempo que el judío errante, el cual no nadaba, sino que iba caminando sobre las olas. Seguramente, porque estaba más acostumbrado a andar, por haber transitado más por tierra que por los mares. A estos demonios les quedó un lunar escamoso en la nalga derecha, de estar tanto tiempo en el agua. Los talmudistas sostienen, sin embargo, que los luciferinos no pueden meterse en el agua, porque hacen el mismo ruido que al meter en ella un ascua encendida, y desencadenan entonces tempestades en las que mueren. No sé si esto último será verdad, pero yo creo que al menos algo marineros, o por lo menos aficionados, sí que pueden ser. Lo digo porque he tenido la oportunidad de leer que en un

proceso de la Inquisición, en la Lima del XVII, apareció un demonio, llamado Tuno por más señas, que declaró haber llegado a aquellas tierras cómodamente instalado en el cuerpo de un comerciante de Badajoz. Este demonio era muy atrevido y osaba discutir con los propios inquisidores. Confesó que había llegado en nave desde Sevilla y para probarlo fue capaz de recitar cuarenta y dos términos de los propios de la marinería, referentes a velas y maniobras. Este cardenal Hiller vio igualmente, en Escocia, una sirena, en una casa rica, que estaba metida en una bañera y se pasaba los días enteros haciendo calceta.

Está más que demostrado que algunos o bastantes demonios escaparon de la maldición del Diluvio. Muchos se refugiaron, como Jonás en la ballena, en la boca de animales marinos; otros se encaramaron en el arca y sobrevivieron, aunque les salieron escamas rojizas, que les cubrían pies, piernas y genitales. Uno de ellos fue visto en la ciudad de Pisa, en 1437. Las pretensiones de muchos de ellos son llevarse mujeres a la mar y convertirlas en perfumadas sirenas. Descubierta uno de estos demonios por un Dominicó, huyó a lomos de un delfín, que quizá no era sino otro demonio disfrazado.

Se sabe que hubo incluso un demonio, Shemnazai, que se metió en el arca de Noé por un respiradero, convertido en humo. Este mal sujeto, estando dormida la mujer de Cam, se le echó encima y en un santiamén la dejó preñada. Se ve claramente

que los demonios no siempre se limitan a mirar y a veces cumplen hasta el mismísimo final y hasta con buen tino. Todo fue descubierto, porque Noé había prohibido las relaciones sexuales en el arca, con muy buen criterio, y parece que esta vez que se respetó aquello (no en muchas ocasiones se cumplen del todo estas ordenanzas, por no decir en ninguna). Pero el demonio sí se las ingenió para escapar a la prohibición y se distrajo así durante el viaje. No se sabe, yo no lo sé, si la mujer de Cam se divirtió también.

Satán tiene, para decirlo un poco en términos náuticos, una flota marítima, cuyo jefe es Baeliel, un demonio principal, y se sabe que la tal flota está integrada por una nave capitana, como el arca de Noé, pero más pequeña, y setenta bestias marinas, capaces de transportar cada una setenta demonios en su lomo, desde Lisboa o las costas del África negra hasta América en una sola noche. Esta extraña flota sólo viaja por la noche. Por eso hay muchas historias, en Brasil y el Sur de los Estados Unidos, en las que los esclavos refieren con todo detalle cómo fueron transportados al nuevo país en una sola noche, atados sobre una piel azul, resbaladiza y húmeda.

Los demonios es que están, si uno se fija un poco, por todas partes y pueden ser, si se me permite la expresión, bastante puñeteros y engañamundos. Se les ocurre lo que no se le ocurre a nadie. Les pondré un ejemplo, para ilustrar lo que digo. El buen obispo James Usher

(1581-1656) probó, tras estudiar muy cuidadosamente las relaciones temporales en el Antiguo Testamento, que Dios creó el mundo a las nueve de la mañana del día 23 de octubre del año 4004, antes de Cristo. Bueno, pues durante mucho tiempo estuvo la gente tan tranquila y bien informada, sabiendo exactamente el momento desde el que empezó todo esto, que siempre gusta saber estas cosas con la mayor precisión posible. Hasta que llegó Darwin y postuló su teoría de la evolución e hizo ver que el mundo tenía que ser mucho más viejo que los seis mil años que le salían en las cuentas al obispo y que algo en la Biblia tenía que estar equivocado. Los teólogos, naturalmente, dijeron que de eso ni hablar y que el equivocado era Darwin. Y cuando se les habló de los esqueletos de los dinosaurios y otros animales, que los científicos estaban descubriendo por entonces, los teólogos se dieron cuenta en un instante de lo que había sucedido y argumentaron que todos estos fósiles habían sido colocados por el Demonio para poner a prueba la fe de los hombres. No seré yo quien tercié en esta disputa, pero sí les digo, como era mi propósito, que los demonios no son gente de fiar y son muy amigos de enredarlo todo. O sea, que podría ser perfectamente que anduvieran por ahí enterrando huesos raros con el único fin de desorientar al personal.

Islas fantásticas hay muchas y muy misteriosas. Como aquella isla a la que fue San Amaro, buscando el Paraíso terrenal, el Edén. Al llegar,

dejó a los hombres que le acompañaban en la orilla y él prosiguió solo, caminando hacia el interior, hasta que encontró un hermosísimo valle, rodeado por una gran muralla de plata pulida, con una gran puerta de oro, tan refulgente como el propio sol. Al bueno de San Amaro, que se veía que venía de lejos, le permitieron mirar sólo un momento al interior. Después, volvió otra vez hasta el lugar en el que habían desembarcado. Cuando llegó a la orilla, vio una ciudad enteramente nueva: la habían construido los hombres que habían permanecido junto al mar, porque habían pasado trescientos años desde su llegada.

O las islas navegantes del mar de Budrubuldur, un mar cercano a Catai, que se acercan o alejan a la costa con las mareas. Surgieron porque una gentil dama mandaba a su enamorado, que estaba en el mar, macetas de madera con las más bellas plantas de su jardín, a las que se les enredaban hierbas y algas marinas, y crecieron así hasta convertirse en islas. O las islas que creaban los magos de Islandia. Estos magos entendían el lenguaje de los pájaros y eran capaces, con sólo la palabra, de levantar tierra del fondo del océano hasta la superficie, fabricando islas para que así pudieran preparar más cómodamente los vikingos sus expediciones. Cuando los navegantes se hacían a la mar, la isla creada volvía al fondo y desaparecía.

O aquella que surgió cuando un Rey de Irlanda logró que Dios le regalara una isla, para que su séptima hija

tuviera dote, porque tenía siete hijas y no tenía más que seis ciudades. El ángel de la guarda, ante la zozobra inconsolable del pobre Rey, que veía que su hija menor se le quedaba sin dotar, le habló y le dijo que, si inventaba un nombre bello para una isla, Dios la crearía y se la daría. El rey se lo pensó mucho tiempo, durante un año, porque no quería estropear su oportunidad, y al final dio con el nombre de Tirnagoescha, que quiere decir, en la lengua que hablaba el Rey, la Tierra de los Pájaros Sonrientes. A Dios le pareció hermoso el nombre y creó la isla, poblada con unas aves que, para hacer honor al nombre del territorio que habitaban, sabían sonreír. O aquellas islas Floridas o de la eterna primavera, donde los hombres no envejecen porque beben de la fuente de la eterna juventud.

San Brendán navegó hacia unas Islas Floridas medievales en busca del paraíso terrenal. Él y sus monjes decidieron asar un cordero en una isla desierta, de oscuras rocas, para festejar la Pascua de Resurrección. Pero la isla resultó ser el lomo del pez Jasconius que, al sentir el calor, se puso rápidamente en marcha y los monjes cayeron al agua. La mitología céltica afirma que el Paraíso está al Oeste, al contrario que los cristianos, que lo sitúan al Oriente. Los monjes de San Brendán llegaron a él el día de Navidad.

Y de animales hay infinitas leyendas. Ya hemos contado algo del pez Jasconius al que, sin mala intención, casi le quemaron el lomo los hombres de San Brendán, porque confundieron

su piel con una costa. Este Jasconius era un gigantesco pez que fue creado por Dios el quinto día, como también Behemoth. Jasconius es famoso porque busca incansablemente conocer su tamaño y para ello trata de morderse la cola, lo que no ha logrado todavía. Pero con ese afán suyo, origina terribles remolinos y por eso es temido por los marineros de todos los mares. Entre los delfines, se cuenta que San Eregán, los traía hasta el extremo occidental de Bretaña para que escucharan la misa por Pascua de Resurrección. Y hay sirenas que en la playa ofrecen a los jóvenes la eterna juventud, si las aman. Behemoth es una especie de buey, grande como una montaña. Es tan enorme porque ha de servir para el banquete de los justos después del Juicio Final. De lo cual cabe deducir, o al menos yo lo interpreto así, modesta y esperanzadamente, que el número de los justos no será demasiado pequeño.

Leviatán, fue un monstruo marino creado por Dios antes de la formación del mundo (o también en el quinto día, hay diversas opiniones entre los rabinos) y es al parecer anfibio y maligno y su aliento es putrefacto y conduce a la muerte. Los rabinos sostienen que Leviatán es mudo y algunos postulan que además es sordo. Otro pez, el pez con barba, dibujado para la edición completa, de 1572, de las obras de Paré, el cirujano que he citado en mi charla, es habitante del Báltico y tiene la barba redonda y rubia y parte de ella le nace de la nariz. Y lo que se sabe muy bien es que San

Corentin de Quimper, en Bretaña, en los siglos V y VI, convirtió a varias tribus de salmones al cristianismo.

Que es posible que los peces se conviertan a la religión, y lleguen a ser cumplidos practicantes, viene de que tienen la capacidad de oír. Plinio lo dijo muy claramente: *pisces audire palam est*. Y, por si no bastara el testimonio del sabio latino, está el famoso caso de un salmón del Rhin, que fue testigo de un asesinato. La familia del difunto había pedido, para esclarecer el crimen, que se interrogara al río, a los peces y a los árboles de la ribera. Así se hizo y, efectivamente, el salmón declaró en latín, cuando fue interrogado por el juez y su secretario, en una lancha, en medio del río: *Claudius rubeus est* (ha sido un rubio cojo), dijo claramente. Y un hombre, que era cojo y rubio y que andaba por allí, fue capturado y juzgado.

Las sirenas no sólo son capaces de hablar —y de hacer calceta, como hemos visto— sino que además son políglotas y está demostrado que hablaron griego con Ulises, pero también provenzal con los trovadores. Aunque se sabe, por otra parte, que hubo algunas que eran monolingües y hablaban sólo portugués. Hay peces flauta, los de Skoeligen, en Noruega, que tienen cara de hombre y el cuerpo también similar, pero del vientre para abajo sale un tubo brillante, lleno de agujeros, por el que se puede hacer música soplando. Fueron descritos en la *Historia general, civil, militar y política de las ciudades del mar*, escrita por el

Rvdo. Amradus Flavius Jagellonicus, obra que fue traducida al castellano por Dom Rebull y editada en Barcelona, en 1796.

La relación de los peces y la música es conocida. Por ello, cuando el citarista y cantor Arión de Metimna, en los días de Periandro de Corinto, fue asaltado en su barco, por sus propios marineros, que le querían robar, fue muy astuto y gracias a eso salvó la vida. Pidió que le dejaran cantar antes de morir y luego él mismo se tiró al mar. Como había supuesto el cantor que podría suceder, un delfín melómano que lo seguía, lo recogió y lo llevó en su lomo hasta tierra firme, hasta el cabo Ténaro, hoy Matapán, a donde llegó con vida. Hubo otro delfín que cayó en redes en el Báltico y del que habla el poeta alemán Heine, en *Los espíritus elementales*. Este delfín, no sólo hablaba latín, sino que cuando se nombraba a los príncipes cristianos movía regocijadamente la cola y en cambio lloraba si se mencionaban nombres de paganos. Porque los delfines tienen sus preferencias y saben tomar partido cuando les interesa; se comportan en esto como si fueran humanos. Gómarra cuenta también que en una playa del Caribe, los delfines se acercaban cuando estaban los españoles barbados y se alejaban cuando estaban los indios, que se los comían. Esto sólo debería bastar para demostrar la clara inteligencia de estos animales. Hubo un pez de cien cabezas que tiene más historia y del que se habla en una biografía china de Buda. Cayó este pez en una red y lo saca-

ron a la orilla. Buda estaba cercano, tuvo un presentimiento y le preguntó: ¿Eres Kapila? Soy Kapila, contestaron las cien cabezas a la vez. Y seguidamente murió el pez, como si hubiera acabado ya algún maleficio y encontrara por fin la paz. Es que este Kapila había sido un monje, que había superado a todos en sabiduría y conocimiento. Pero era muy orgulloso —estas cosas suceden— y cuando se equivocaban sus discípulos, los insultaba y les decía: Tienes cabeza de asno, o de cerdo, o de mono, etc., mentando al primer animal que se le ocurría. En castigo, cuando murió, renació como monstruo acuático, con todas esas cabezas que él había atribuido a sus discípulos menos dotados. Ya se puede ver que los alumnos de las escuelas han estado protegidos de siempre frente al trato abusivo de los maestros.

Los indígenas de las islas Trobriand, al oriente de Nueva Guinea, padecen un monstruo marino, una especie de pulpo, al que llaman kwita. Es tan grande que puede cubrir una aldea con su cuerpo. También creen que hay grandes piedras en el mar que están vivas y saltan y son capaces de destrozar las canoas. Y que hay brujas voladoras, las yoyoya —en realidad, son mujeres invisibles— provocadoras de naufragios y devoradoras de cadáveres. De las cosas del mar hay mil leyendas. Se dice, por ejemplo, que los pilotos árabes del Índico, son capaces de escuchar, desde muy lejos, los vientos y otros rumores útiles para navegar y señorear los mares. A algunos les

crecen por ello desmesuradamente las orejas. Pero lo más notable es que, de viejos, conservan en los oídos todos los ruidos y sonidos que han escuchado y los pueden reproducir ante los auditorios. Así dan clases de náutica, en Basora, a los aspirantes a pilotos del califa de Bagdad y siguen siendo útiles.

Y qué decir de las ciudades ocultas y sepultadas en el mar. En la ciudad sumergida de Ys, en Bretaña, las campanas suenan monótonas e incansables, especialmente durante la marea baja. Las embarazadas abortan entonces y los hombres pierden la memoria. Esta ciudad de Ys fue construida bajo el agua por Gradlon, rey de Cornualles, porque así se lo pidió su hija Dahut, que amaba el mar. Era la ciudad más bella del mundo, pero se convirtió en la ciudad del pecado, principalmente el incesto, bajo la influencia de la citada princesa, que estaba bastante malcriada y organizaba grandes orgías y, lo que es peor, mataba a todos sus amantes al amanecer. Precisamente por eso, el mar la sepultó en castigo y la propia Dahut fue transformada en sirena.

En Galicia, hay más de cien ciudades sumergidas, como han probado diferentes arqueólogos, en el fondo del mar y en las lagunas. La más importante es la de la laguna Antela, en Orense. Lo curioso del caso es que, cuando se desecó esta, no apareció ciudad alguna, ni las murallas, ni los siete castillos que tenía, ni el palomar del Rey, ni la iglesia, cuyas campanas llevaban siglos sonando en cier-

tas noches, tocadas por no se sabe qué campanero. Esta laguna Antela y el río Limia, llamado por los clásicos Lethes u Oblivionis, son lugares misteriosos y, en el caso del río, los romanos creyeron que su lenta corriente era como la del propio Letheo, el río del olvido de la mitología griega y con las mismas funestas propiedades. Tan es así, y tal terror inspiraban sus aguas, que en el año 138 a. de C., Décimo Junio Brutus, famoso jefe de los legionarios, como viera que estos se detenían al llegar a la orilla y se negaban a proseguir su camino, decidió cruzar este río y desde la otra orilla, una vez cruzado, empezó a hablar en la lengua latina de siempre y llamar por sus nombres a los veteranos, para disipar así en ellos el temor a la amnesia.

Otro reino bajo las aguas es el de Fraïcheterre, el reino de la princesa que tuvo amores con Lanzarote. Los arzobispos de Rennes han enviado en distintas épocas expediciones para tratar de encontrar la catedral de ese reino, en donde es fama que están los huesos de los Doctores que discutieron con el niño Jesús en el templo. Junto a sus orejas incorruptas, porque a través de ellas pasó la palabra del Señor y se piensa que ya no pueden corromperse jamás, por lo que han de conservarse intactas.

¡Hay tantas cosas dignas de ser conocidas! En Irlanda, en la abadía de San Brid de Lenri, había unos mapas, nombrados de Clam'aorthen que, una vez abiertos, cualquier viajero podía interrogar en su lengua y el mapa le respondía en el mismo

idioma y le daba los rumbos y las diversas señas para los viajes. Como Irlanda era una isla, los gaélicos pensaban que en el mundo todo eran islas —en lo que llevaban cierta razón, si bien se mira— como Inglaterra o las Hébridas o la última Tule. A San Coh le mostraron estos mapas el día de Pentecostés y todos los países allí representados se pusieron a hablar al mismo tiempo, muy bien conjuntados, alabando al Señor Jesús, cada uno en su idioma. En esos mapas se podían ver los sesenta caminos que hay en el mundo. Los del mar son tan variados como los de la tierra: anchos, estrechos, de todos los modos; porque el mundo es siempre el mismo y hay tanta gente que naufraga en la tierra como en el mar.

¡Tantas cosas interesantes! A las doce horas de la noche de San Juan, cada siete años bisiestos, todas las fuentes del mundo, por alejadas que estén de Tierra Santa, echan por unos momentos agua del mismísimo río Jordán. También hay brujas que hablan a las olas del mar y detienen con la mirada el vuelo de las gaviotas. En la India, en el xvii, en el reino del Gran Mogol, alguien meditó y llegó a la conclusión de que un recluso en una celda triangular tiene más sensación de prisión que en una celda cuadrada y halló así un medio de intensificar las condenas.

Y era fama, antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, que en aquel mar desconocido en el que iban a arriesgarse y al que llamaban tenebroso, las aguas, al llegar a un cierto final que tenían, se precipitaban

en los enormes abismos que limitaban nuestra Tierra. ¿Puede alguien imaginarse el pavor, y por consiguiente el valor y la audacia, de los hombres a los que asaltaban tales leyendas, cuando, a pesar de todo, se aventuraron rumbo a las Indias, disponiéndose a llegar a dónde nadie había llegado hasta entonces? Verdaderamente, la valentía de aquellos hombres era admirable y así llegaron a crear, los que no murieron demasiado pronto, linajes de gentes que se sentían legítimamente orgullosos de sus antepasados. Aunque nadie presumió tanto de sus ascendientes como los Lévy-Mirepoix, de Francia, que decían descender de la Virgen María. Por ello un Duque de la familia, cuando iba a oír misa a la iglesia de Nôtre Dame de París, decía: «Voy un rato a casa de mi prima», tratando así con la familiaridad y confianza lógicas, de pariente de toda la vida, a la propia Virgen.

Ya vamos a terminar. Muchas de las cosas que les he contado forman parte, con todo merecimiento, de lo que Bertrand Rusell llama «conocimientos inútiles». Para explicar este concepto, para justificarlo también, él pone el ejemplo de los albérechigos. Y cuenta cómo, después de una batalla, los soldados del Gran Rey Janiska encontraron huesos de albérechigo en los zurriones de los prisioneros chinos. Los recogieron, los plantaron luego en su propio país, y fue así como pasó este fruto de la China a Persia. Por ello en el nombre español, albérechigo, y en el nombre que reciben en algunas otras partes del

mundo, queda, más o menos reconocible, el nombre de Persia (en alemán, por ejemplo, también; aquí la palabra es *Pfirsich*). Y afirma el filósofo: «Desde que he sabido todo esto, los melocotones y afines me gustan mucho más». Pues yo les digo lo mismo. Todas estas leyendas representan, en cierto modo, conocimientos inútiles. Pero les aseguro

que, para mí, el mundo no sería el mismo sin ellas. Muchas gracias por su atención.

Francisco Luis Redondo Álvaro,
Médico. Consejero del I.E.G. Miembro de la Asociación Española de Médicos Escritores.
